

## BERNARDA

Silente. Así se desplazaba el coche ladera abajo. Lento. Así iba deslizándose, sin detenerse, sin prisas, con serena determinación hasta llegar a lo más bajo del valle. Finalmente llegó, estacionó el Renault , abrió primero la ventanilla dejando que la pureza del aire desenturbiara el vaho acumulado en los cristales y, finalmente Bernarda, se posó en ese, su valle, en esa, su tierra, en esa , su infancia!!.

Eran más de cincuenta años los que habían transcurrido desde que se marchó. Bernarda (Berny desde los veinte) necesitaba sentir qué quedaba de ella en eses trocito de tierra. Con mucho sigilo giró 360º sobre sí misma, de forma lenta, buscadamente majestuosa, observando cada detalle, cada espacio, cada rincón. Frente a ella Peñarrubia, inmensa, magnífica, regia, sublime. Permaneció estática, dejando sentir. Oyó voces, oyó cantos, risas, confesiones,... melodías de chavales que, junto a ella ascendían cada mañana del verano para corretear entre encinas y castaños, entre robles y hayas y que, al terminar la tarde, correteaban ladera abajo cuál rebecos huyendo de lobos.

¡Qué fácil era para Bernarda recordar todo aquello!, ¡qué fácil hacerlo allí apostada frente a su pueblo!, La Hermida, junto al Deva. ¿Sería igual de fácil hacerlo cuando se encontrara con lo que quedaba de su antigua familia?. ¿Sería entonces capaz de argumentar y, de que ellos entendieran, los “por qué” de su cambio de “patria”?.

Su madre, viuda desde el 36, sus hermanos, que con distintos oficios se habían mantenido fieles a “su tierra” nunca entendieron que Bernarda, que por aquel entonces era la única mujer de la familia, no se encargara de lo que se suponía le era propio: “cuidar de madre”, “ejercer de ama de casa” y casarse con cualquiera de los mozos del pueblo que, a buen seguro, la iban a pretender. No fue así, ella, desoyendo a propios y extraños, haciendo gala de una rebeldía propia de la juventud y de una convicción republicana propia del momento, en enero del 39 se marchó a Barcelona y no volvió.

Pero ahora estaba allí, sola de nuevo, como cuando inició el camino de ida. Sin embargo ahora, después de los años, no volvía de vacío. Llegaba con el alma preñada de recuerdos infantiles engrandecidos con el paso del tiempo y a la

vez, con el corazón cuarteado en pequeñas y nuevas patrias adquiridas con los años. Grandes patrias: sus amores, sus hijos, sus amigos,... pequeñas y diminutas patrias: los lugares que desde su marcha, conoció, estudió y amó hasta que se asentó definitivamente en una de ellas. ¡¡Bernarda jamás desertó de ninguna!!

Bernarda al volver a La Hermida observó cómo cada una de ellas estaba allí, expectantes, despiertas, esperando entrar en comunión con las demás. Sin banderas, sin señas, sin colores, solo con un objetivo volver a dar y a recibir todo el amor que tanto tiempo había acumulado y reservado para hoy.

Vuelta al coche, ahora ladera abajo, silente, deslizándose , sin detenerse, sin prisas, con serena determinación. Llegó al estacionamiento del renovado y espléndido balneario de La Hermida y bajó nuevamente del coche. La mirada se dirigió a la poza calda donde solían bañarse de niños e, inhalando el calor que desprendía, todo su cuerpo sonrió.

Comerían en el salón noble, en el que llamaban Picos de Europa, después, ya se verá pensó Bernarda... A lo lejos, con pasos recios, con esa rigidez que los picos impregnan al carácter cántabro asomó Felisuco, su hermano menor. Parecía otro, todo era nuevo para Bernarda, sobretodo el abrazo que al llegar, y sin mediar palabra, le propinó su hermano.

Fue en aquel momento cuando por fin Bernarda se liberó del fajín de las “mal llamadas patrias”, fue entonces cuando supo que la “patria” es aquella donde uno está estrechamente ligado por tradición, progreso, estudio y cultura. Es aquella donde se trabaja y se vive honestamente, es aquella donde se nació o se arraigó. Bernarda sabe ahora que su planteamiento de patria se eleva a un valor simbólico; valor que mantiene como planteamiento único el de “la libertad de poder sentir y escoger”

Es la que cree Felisuco pero también la que piensa ella. En ese abrazo Bernarda supo que hay más de una, que son muchas, que todas “esas patrias” estaban en ella y que cualquiera es válida. Por eso, al sentir ese abrazo rígido, recio y totalmente sincero de Felisuco todas entraron en comunión, se fundieron y ese inesperado e intenso contacto se convirtió entonces en “su única patria”